

extension de la llanura, preséntanse siempre con aspecto imponente y magestuoso el Popocatepelt y el Iztaccihualt, los dos gigantes poderosos del valle, velados de blancas vestiduras, cuyas nevadas cabezas se ocultan en el flotante pabellon del cielo que forma su brillante aureola, que el sol salpica de variadas perlas.

¡Cuántos encantos reúne el conjunto de aquel paisaje sin rival, que se descorre poético y risueño por cuanto alcanza á contemplar la asombrada vista!

Rios, lagos, acueductos, selvas, bosques, canales, verjeles y volcanes, aldeas y ciudades, se extienden por aquel ameno valle que ostenta la vegetacion de todas las zonas, como que reúne en sí solo todos los climas de la tierra.

¡Grandioso espectáculo ante el cual suspende la imaginacion sus facultades, sorprendida por tantas maravillas, y donde el alma conmovida de asombro y de placer, se reconcentra en sí misma para admirar á Dios!.....

Pero lo que enagena el espíritu de todo

el que concurre con objeto de observar á este popular paseo, es ese prodigioso número de canoas de todos tamaños, cubiertas de gente que no cesan de conducir pasajeros del embarcadero al pueblo de la fiesta, y de este al embarcadero. ¡Cuántas veces al recorrer venturoso por ese ameno verjel, he recordado los pintorescos caseríos de Alvia, Deusto, Olaveaga y el desierto, que se extienden á la orilla del Nervion, que lame cariñoso el pié de la risueña villa de Bilbao en que rodó mi cuna!... ¡Cuántas veces preocupado con los recuerdos históricos que poetizan aquellos deliciosos sitios, he creído ver destacarse de la superficie del manso canal, las nobles figuras de los héroes aztecas, españoles y tlascaltecas, cuyos notables hechos realizan las maravillas de los guerreros de la fábula.

Aquí mismo, he pensado, sobre este humilde canal que cubierto de canoas descubro, cruzaron centenares de las mismas, llenas de valerosos indios, disputando el paso á los bergantines que, para poner sitio á México, hizo construir Hernan Cortés en

el corazón de aquel vasto reino, y conducir luego sobre los hombros de los tlascaltecas sus aliados. El silbido de la flecha, es estruendo del mosquete, el golpe de la espada, el aullido de los indios, el *cierra Española* de los españoles, todo se presenta á mi imaginación que recorre en un momento la terrible historia de aquel sangriento sitio puesto en Mayo de 1521 por Cortés, sitio que duró setenta y cinco días, y en el cual perecieron doscientos mil mexicanos que defendieron la capital con un valor y una constancia, que honrará siempre á sus defensores. Pero dejemos digresiones, y ocupémonos de la gente que concurre á la fiesta.

Ahi vuelve de Santa-Anita *El Clavelito*, conducido por dos indios remeros; compitiendo en ligereza con él, se vé á la hermosa *Rebeca*, á *Sierpe* y á la *Dichosa*, en cuyo costado se leen estas palabras: *sirvo pero no de balde*, llenas todas de personas de ambos sexos y edades, sobre cuyas cabezas se ostentan coronas de flores, hechas por los indios de Santa-Anita, y sin las cuales ningun-

na mujer ó niño acostumbra volver de la bulliciosa fiesta.

Ocupando el centro de otras muchas canoas, vuelve el honrado artesano, rodeado de su numerosa prole, llevando su esposa é hijos ceñida la frente con matizadas coronas de flores, y divirtiéndose con las otras embarcaciones en que suena la música, y donde los pasajeros cantan y bailan sin descansar un momento.

Pero sigamos la canoa en que vimos entrar á Pedro y sus camaradas: acerquémonos á ella, y oigamos lo que pasa dentro, pues oigo los gratos acordes del arpa y la *jarana* y canciones populares, y esto me agrada.

—Eche vd. un versito del *Caray*, D. Regino.

Dijo á los músicos el compadre de Pedro.

—Allá va D. Encarnacion. (1)

Y el tañador de arpa, sin hacerse espe-

(1) Entre la gente del bajo pueblo hay una afición decidida á poner á los hombres nombres de mujeres: así es que con frecuencia se llaman D. Dolores, D. Pilar, D. Margarito, D. Genovevo, etc.

rar, cantó el siguiente verso, colocando á la conclusion de cada pié el estribillo *caray*.

Cuando á una mujer del dia
Muestra un hombre un duro en plata
Suele hacer mas reverencias
Que un *maromero* (1) en la *riata*.

—¡Bien, valedor! otro versito por ese *chisgo*.

Exclamó el del chirlo que bailaba con una graciosa jóven; y los músicos prosiguieron con este.

La mujer es como un mueble
Que rematándolo están,
Que despues que ofrecen todos,
Se va con el que da mas.

—Ese me *cuadra* mas que el otro.—Dijo el compadre Encarnacion—tiene vd. una voz *rebusta* y *sempática* que de *al tiro* cautiva.

—¿Y qué dices, valedor—le preguntó uno de sus camaradas—de la que baila?

(1) Por volatin.

—Que lo *chirimitea* (1) *perfeutamente*, y que no se muestra *polinaria* como la que acompañaba la vieja; pero mas que todas me *cuadra* esta *chatita* (2) que está á mi lado.

Dijo dirijiéndose á una graciosa *china* (3) de enaguas cortas y cubiertas de lentejuelas, rebozo de seda amarillo que al desembozarse, lo cual lo hacia con frecuencia, dejaba ver una camisa escotada, bordada de sedas de colores, que mal cubria su elevado y provocativo seno: su faz graciosa y de un color moreno suave, ó *apiñonado*, como dicen en el país, recobraba mas atractivos por las ondas que sobre su despejada frente formaba su negro, crespo, pero suave pelo que, en dos gruesas trenzas, unidas en sus puntas por una cinta de raso amarillo, venian á quedar sujetas en un ceñidor encarnado de seda que oprimia su estrecha y flexible cintura: su pié pequeño, co-

(1) Que lo borda, lo adorna.

(2) Palabra de cariño que se usa para designar á una jóven graciosa.

(3) Como manolas de España.

mo el de toda mexicana, de elevado empeine y sin media, como lo lleva toda la gente baja del país, iba calzado de un zapato de raso verde de cuatro puntos, en cuya punta y talon ostentaban una flor de oro bordada primorosamente.

—No te ha oído; está muy *ensemimada* oyendo los *cánticos*.

Advirtió á D. Encarnacion su camarada. Entonces se acercó aquel con disimulo, y le dijo;

—Es vd. la mas *chula* (1) de *todititas* las hijas de Eva, mi alma.

—¿De veras? Dele vd. *parte á Noya*.

Contestó con el mayor desden la *china*.

—Le daré parte á mi corazoncito, mi cielo, que se abraza por vd.

—Llamarada de petate.

—No es llamarada de petate, sino *retemucho* amor que la tengo.

La jóven le miró de arriba abajo.

—¡Ah! . . . qué ojos tan *zaragates* (2), Pe-

(1) Graciosa.

(2) Picarillos, seductores.

ro sobre todo, lo que me cautiva es ese bocado seductor.

—¿Y no le cuadra el mio?

Dijo poniéndose entre la jóven y D. Encarnacion, un hombre envuelto en un rico *gorongo*, que habia estado detras oyendo la conversacion. El compadre de Pedro, conoció la situacion comprometida en que se encontraba, pero no quiso retroceder un paso, y contestó con la mayor sangre fria.

—Es muy erizo y raspa: me *cuadra* mas el de ella.

—¿Y qué, no sabe vd. que esa mujer tiene dueño, y que ese dueño soy yo?

—¿Por qué no le pone vd. un *rétulo* que lo diga?

—¿Es vd. hombre?

Repuso el embozado en voz baja, y echando fuego por los ojos.

—Lo soy, y *puritito*: lo digo quedito y reio; aquí, y donde *quera*, y el que no lo crea que se *rife*. (1)

[1] Que salga conmigo, que esponga su vida.

—Pues *sáquese* (1) y *cayetano la botella* (2).

—*Haiga paz, señores.*

Agregaron varios amigos de uno y otro, conteniéndolos.

—Vamos, compadre—dijo Pedro—¿hemos venido á divertirnos ó á reñir?

Los mediadores introdujeron la calma; hicieron beber un trago de pulque á ambos, y los dejaron reconciliados.

—Que toquen el *Perico*—gritó un amigo del embozado—y que lo baile D. Encarnacion con la mujer de mi camarada.

—Bravo.... sí.... que lo baile.

—Con la *venia*.

Dijo el compadre de Pedro, dirijiéndose al marido de la jóven, y sacando á bailar á ésta.

Entonces los músicos, deseosos de complacer á todos tocaron la alegre sonata popular del *Perico*.

(1) Salga vd.

(2) Y no gritemos.

Señora, su periquito (1)

Me quiere llevar al rio,

Y yo le digo que no,

Porque me muero de frio.

Pica, pica, pica Perico,

Pica, pica, pica la rama,

Pica, pica, pica tu pico,

Pica, pica, pica tu *nana*.

Pero ya hemos llegado á Santa-Anita, á ese pueblo de indios, que al través de los árboles y abundantes enramadas, deja ver sus humildes chozas, como otros tantos nidos en medio de las fragantes flores de una deliciosa floresta; y tal es el gentío, que dudo podamos desembarcar.

Ya estamos en tierra, y lo primero que las indias nos ofrecen son coronas de rojas amapolas. Obsérvase por todas partes un número incalculable de personas: no hay un solo punto que no esté cubierto de columpios, donde se mecen hombres y mujeres, coronadas éstas con guirnaldas de flo-

[1] Alude á un pájaro semejante al loro, aunque mas pequeño, que abunda mucho en México.

res compradas á los indios. Aquí se baila: allá se merienda: acullá se riñe; en otro *jacal* se canta, y en todas partes se grita. No parece sino que, en esta pequeña poblacion edificada por los indios al borde de las apacibles ondas de un pintoresco lago, meciéndose en las aguas como un blanco cisne sobre la límpida superficie de una anchurosa laguna, se han propuesto resucitar los modernos, alegres y festivos mexicanos, el perdido Eden de nuestro primeros padres. Cada choza de indio, hecha de adobe y techada de cañas entrelazadas con enramada, separada á considerable distancia de las demas, cercada de varios árboles y provista á pocos pasos de solicitados columpios, se convierte en un oasis, donde los hombres olvidan el desierto de la vida que atraviesan.

—¿Quieres, Juana, que demos una vuelta por las chinampas antes de marcharnos?

Dijo á una jóven la anciana que hemos visto al principio de este capítulo.

—Sí, madre; es mejor que cojamos algunas flores y en seguida nos marchemos. No quiero volverme á encontrar con los hom-

bres de antes, ni verme precisada, como me ví, á hablarles en su mismo lenguaje.

Y se acercaron hácia la orilla del pueblecillo.

—¿Quieren sus *mercedes* ir á las *chinampas*? (1)

Les dijo un indio que salió de su choza, dejando en la hamaca, objeto que no falta en ninguna habitacion de indio, á su hijo pequeñuelo.

—Sí, atraca tu canoa, José (2).

—Está muy bien: entren sus *mercedes*.

Y la canoa se desliza por entre el laberinto de calles de agua que cruzan entre mas de trescientas *chinampas* ó jardines flotantes que engalanan á Santa-Anita y que he tenido el gusto de contar. ¡Qué vista tan deliciosa forma aquel risueño paisaje! Cada jardin flotante es una encantada isla, cuyas floríferas orillas acarician sin cesar las

(1) Palabra adulterada que viene de las voces mexicanas *tlali ompaatl*, que significa *tierra en el agua*.

(2) Este nombre dan los de las ciudades al indio, y por él entienden aunque así no se llamen, lo mismo que las indias por el de *María*.

mansas linfas de los multiplicados y estrechos canales, sobre cuyo límpido cristal se deslizan rápidamente las ligeras y poéticas chalupas de los indios.

—Mucho tiempo hacia—dijo Juana—que no disfrutaba de este delicioso paseo de las *Chinampas*.

■—Pero disfrutabas—contestó la anciana—de la hermosa vista de la laguna de Chapala, que, según me has dicho es muy grande.

—¡Fué tan poco lo que estuvimos! A mi amo D. Fernando se le antojó marchar á *tierra caliente*, y allí, como le escribí á vd., estaba desesperada; y si no hubiera sido por la ley que le tengo á la señorita Luisa, no estoy entre aquellos pintos ni dos días.

—Pero bien te han recompensado tus pasados trabajos, porque desde que viven en México estás en grande, te miran mas como á una amiga, que como á una criada.

—¡Como que son tan felices con su hijo Juanito, que está ya hecho un gallardo muchacho....

—¡Les hago unos ramitos á sus *mercedes*?....

Les preguntó el indio, deteniendo la canoa á la orilla de una chinampa cubierta de claveles, rosas y encendidas amapolas.

—Sí, José.

Contestó la anciana.

Y el indio penetró en una de aquellas isletas ó nadantes pensiles, llenas de verdura y de flores que constituyen la principal riqueza del sencillo habitante de aquellos pueblecillos que se extienden á la orilla del canal. Cortó en un instante los claveles mas hermosos, los mezcló con algunas rosas y amapolas, introdujo algunas hojas de olorosas plantas, las ató con una yerba aromática, y formando de todo un precioso ramo, volvió á entrar en la canoa, diciendo:

—Aquí están ya las flores: ténganlas sus *mercedes*.

—Bien, José.

—¡No quieren sus *mercedes* dar otra *güeltecita* por las chinampas?

—No, José: queremos marcharnos ya.

—Está bien.

Y el indio condujo la canoa por entre aquel laberinto de encantadores huertos, cual otros tantos ramilletes colocados en un inmenso estanque, descansan entre las leves ondas que riza el perfumado zéfiro.

—Mucho dinero—dijo la anciana al indio—deberás ganar con tu chinampa, porque es grande.

—Como todas: no tiene mas de cien varas de largo y ocho de ancho.

—¿Y tienes muchas?

—Algunas.

—¿Cuánto es lo que venden estos pueblecitos de solo flores?

—Venderán, con las que llevamos á México, como doce mil pesos al año.

—Bastante es.

La canoa llegó en aquel momento á la orilla de la casa del indio.

—¿Queren sus mercedes merendar?

—¿Hay tamales?

—Y muy güenos: hay cernidos y de los otros. ¿De cuales queren sus mercedes?

—De los cernidos.

—¿Los traigo á aquí, ó queren entrar sus mercedes?

—No, los tomaremos en este banco, bajo los árboles que rodean tu *jacal*, porque oigo voces de algunos que están adentro.

—Sí, son unos que mandaron calentar una merienda, y que se han quedado á comerla.

El indio entró por los tamales, la anciana y la jóven se sentaron junto á la choza de aquel, y poco despues merendaban tranquilamente, gozando de la agradable perspectiva que se describía á su vista.

De repente, las palabras de los hombres que dentro hablaban, y que salían claras á donde la madre y la hija estaban, llamaron la atencion de la segunda.

—¿Qué escuchas, Juana?

Juana llevó el dedo índice á los labios.

—¡Silencio, por Dios....!

Contestó, dejando de comer, y aplicando el oído á la débil pared de la choza, procurando no perder ni una sola de las sílabas que dentro se pronunciaban.

La anciana, viendo la actitud de su hija,

dejó sobre el banco los tamales, y se acercó también á escuchar lo que pasaba.

Juana volvió á llevar el dedo índice á los labios, indicándola que no hablase.

Las voces de los que dentro estaban, cesaron de pronto.

A los pocos instantes se percibió el ruido que hace al caer el licor sobre los vasos.

La anciana se acercó á Juana cuanto pudo, y le dijo, casi pegando sus labios al oído de ésta.

—¿Qué escuchas?

—Oí, hace un instante, pronunciar el nombre de una persona que aprecio.

—¿Cuál?

—El de D. Enrique,

—¿El del hermano de tu señorita?

—Del mismo. Pero silencio, que ya vuelven á hablar.

Y las dos, cual si fuesen estatuas de relieve adheridas á la pared, se pusieron á escuchar, sin moverse, casi sin respirar.

El choque de los vasos se oyó dentro.

—Brindemos—dijo uno de los que me-

rendaban—por la libertad de mi compadre Pedro.

—Gracias.

Contestó éste.

—Y por la de Enrique, á quien se la debe.

Añadió el del chirlo, á juzgar por el acento que le recordó á Juana, el hombre que la importunó con sus requiebros en el embarcadero.

Un puñetazo dado sobre la mesa con fuerza y enojo, contestó á aquel brindis.

—¡Su muerte, no su vida es la que yo deseo!

Exclamó Pedro exaltado por el recuerdo que despertaba en su alma aquel nombre.

Un silencio sepulcral sucedió á las palabras de Pedro; Juana tembló por la vida de Enrique, y la anciana palideció.

Un murmullo sordo como el que sucede siempre al silencio que produce el asombro, se oyó entre los concurrentes.

—¿Pues no es él quien ha trabajado en este asunto?

—No—contestó Pedro—Enrique es un

malvado, un hipócrita: á quien todo se lo debo es á Rossi.

—¡Al sardo!

—¡A ese oficial italiano?....

—Al mismo. Nadie, pues, que no quiera *pelear* conmigo, pronuncie delante de mí el nombre de Enrique, de ese hombre que juro probará pronto mi enojo.

Juana no quiso escuchar mas: habia oido lo bastante; esto es, que habia un hombre que proyectaba vengarse de Enrique, y se propuso avisarle del peligro que corria.

—Marchemos, madre—dijo con la mayor inquietud:—no conozco á estos hombres, ni sé la ofensa que puede haberles hecho el hermano de mi señorita; pero es preciso avisarle del peligro que le amenaza.

—Sí, marchemos antes de que ellos se embarquen.

Juana llamó al indio, le pagó el importe de lo que habian tomado, y se dispuso á marchar.

Varias voces dadas en el interior de la choza, volvieron á inquietarla.

—Puesto que hemos merendado—decia uno—salgamos á bailar un *Aforrado*.

—Vamos allá.

Gritaron todos.

—Huyamos.

Dijo Juana queriendo echar á correr, pero tuvo que detenerse, porque á la anciana le pesaba cada pierna treinta años, que equivalen á dos arrobas de plomo.

En aquel momento salió de la choza el compadre de Pedro, seguido de sus camaradas.

—Valedores—exclamó el del chirlo al ver á Juana—aquí tenemos á la que *endantes* se me mostró *polinaria*.

Y se dirigió á ella, impidiéndola marcharse.

—¿Tiene vd. ganas de divertirse?

Dijo Juana con marcado enojo, y procurando alejarse.

—No se va vd. hasta no darme un abrazo en desagravio del desaire que me hizo en el embarcadero.

—¿Quiere vd. dejarnos en paz, so *lépero*?

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III. 31

Exclamó furiosa la vieja, viendo la terquedad de aquel hombre.

—Sí, pero despues que me dé un abrazo, y apretado.

—¡Dios mio!.... ¡y tener que marchar...!

Dijo Juana casi llorando, al verse detenida y sin poder avisar á Enrique del peligro en que estaba.

Pedro que, desde la conversacion con Rossi, estaba dominado por una idea, llamó aparte á su compadre, mientras los otros se entretenian con la jóven, y le dijo:

—Compadre, tengo que arreglar en casa algo para el baile de esta noche, y me retiro; diviértete con los amigos, y á las ocho dirijios á mi casa.

—¿Quéres que te acompañe?

—No, gracias. Hasta luego.

—Hasta la noche, compadre.

Y Pedro se dirigió hácia el sitio del embarque, preocupado siempre por la idea de Enrique y Pilar.

—Ella se ha quedado—dijo interiormente, y fué el pensamiento que le dominó toda la tarde—porque esperaba á Enrique:

porque mi presencia era un obstáculo para hablarse con la libertad de que eran dueños al verme preso. ¡Ah! pronto lo sabré: ella no me espera todavía.... y si es cierto, como recelo, que están juntos....

Y Pedro se mordió los labios sin concluir la frase.

Entretanto, Juana pugnaba por librarse de su obstinado perseguidor, que la tenia agarrada del rebozo, para que no se fuera por no perder ésto.

La anciana, viéndose detenida, le llenaba de insultos que excitaban la risa de los otros.

—Vamos, valedor—dijo el compadre de Pedro—dejémoslas que se vayan adonde *quieran*, y nosotros marchemos á buscar algunas *garbanceritas* (1) guapas, con quienes bailar y platicar.

—Dices bien—contestó el del chirlo—que esta tiene humos de *catrina*.

Juana, al verse libre de aquellos importunos, vilentó el paso todo cuanto le permitia la marcha de su anciana madre.

[1] Nombre que dan á las criadas de servicio,